

de advertirle que no siempre acudiría á sus citas puntualmente.» El campo de batalla presentaba horrible aspecto, impresionando al mismo Napoleón. Millares de cadáveres, amontonados, yacían cubiertos por la nieve, manchada de sangre. El general Pelleport fué sacado por uno de sus soldados de entre un montón de muertos que lo cubrían. El emperador mandó recoger á los heridos y desembarazar el campo. Por un detalle curioso, pudo conocer de qué modo se había explotado la credulidad de los soldados rusos para excitar su fanatismo: algunos de éstos, que fueron hechos prisioneros por el general Colbert, le suplicaron que no permitiese que sus soldados los devoraran. ¡Se les había hecho creer que los Franceses eran antropófagos!

Mientras Benningsen se retiraba hacia Koenigsberg, Napoleón permaneció ocho días en Eylau, para hacer constar su victoria, y en seguida volvió á sus cuarteles de invierno. Bernadotte y Soul se establecieron sobre el Passarge, á la izquierda del Grande-Ejército; Ney en el centro, desde Guttstadt á Allenstein; Davout á la derecha, sobre el Omulew. El cuartel general se estableció en Finkenstein, desde donde el Emperador trató de entrar en negociaciones con Rusia ó con Prusia, aunque en vano, pues ambas naciones renovaron su alianza en Bartenstein, firmando, en 25 de Abril de 1807, un tratado cuyas cláusulas son notables por cuanto fueron, á corta diferencia, las mismas que el Congreso de Praga quiso imponer á Napoleón en 1813.

Prusia y Rusia trataron de hacer entrar en esta nueva coalición á las demás potencias europeas; pero el emperador Francisco se limitó á ofrecer su mediación; el rey de Suecia, derrotado en Anklam y arrojado de la Pomerania por Mortier, se vió obligado á firmar un armisticio (18 de Abril), y por fin, el ministro inglés se negó á garantizar un empréstito de 150 millones que Rusia negociaba á la sazón.

Mientras que las potencias continentales se destrozaban mutuamente, Inglaterra proseguía en todas partes el acrecentamiento de su poder marítimo y enviaba una escuadra al Mediterráneo, interviniendo en la guerra que había estallado el año anterior entre Turquía y Rusia.



Batalla de Eylau. (Cuadro de Gros, Museo del Louvre)

1. Napoleón; soldados lituanos pidiéndole gracia.—2. Soul.—3. Davout.—4. Murat.—5. Berthier.—6. Bessières.—7. Caulaincourt.—8. El barón Percy, cirujano en jefe del ejército, ayuda á un practicante que cura á un herido lituano.

El sultán Selim III y su ministro Barayctar, después de haberse aproximado á Francia, por temor á los Rusos, recibieron en su corte con grandes distinciones al general Sebastiani, embajador de Napoleón, y emprendieron la reconquista de Moldavia y de Valaquia. Alejandro mandó entonces á Michelson, con 80.000 hombres, para que ocupara estas dos comarcas; pero los generales rusos no pudieron adelantar mucho por este lado. La guerra estaba concentrada junto al Niemen, cuando el almirante inglés, Duckworth, apareció á la entrada de los Dardanelos é intimó á Selim que hiciese la paz con Rusia y entrara en la coalición contra Francia. El Sultán rechazó



Chasseloup-Laubat

tales exigencias, pero á pesar de los repetidos consejos de Sebastiani, no emprendió preparativo alguno de defensa. Un francés, establecido en Constantinopla, llamado Ruffin, favoreció en gran manera la acción de Sebastiani en estas circunstancias, porque si bien éste no creía en la sinceridad de las amenazas de los Ingleses contra Constantinopla, pues contaba con la rivalidad existente entre ellos y los Rusos, y estaba persuadido de que el almirante inglés no daría un asalto ni bombardearía la ciudad, por no facilitar á Rusia su conquista, pensaba, sin embargo, que el medio más edecuado para desvirtuar sus amenazas consistía en provocarlas. El Sultán, convencido al fin por Sebastiani, confióle la defensa, y el pueblo turco, vuelto en sí de su pasividad ante la actitud del embajador francés, desplegó una actividad verdaderamente prodigiosa, y mientras se entretenía á Duckworth por medio de negociaciones, cubrióse el Helesponto de

baterías turcas que ponían en peligro á la escuadra inglesa de quedar encerrada en el mar de Mármara, por lo que aquél se apresuró á salir de sus aguas. Al atravesar el estrecho, no obstante, el fuego de los fuertes le ocasionó la pérdida de algunos hombres y le echó á pique dos fragatas. A la salida de los Dardanelos encontré con la armada rusa, cuyo almirante, Siniawin, «le propuso volver á entrar juntos y, obrando de común acuerdo, imponer la ley al Diván.» El inglés se guardó muy bien de aceptar semejante proposición, no por cobardía, como se ha supuesto, sino por no dar á los Rusos el gusto de humillar á la media luna y reducir á pavesas Constantinopla. Se alejó, pues, de aquellos parajes é hizo rumbo hacia Egipto (1).

Inglaterra buscó una compensación al fracaso de los Dardanelos en otras expediciones secundarias. Por dos veces consecutivas las escuadras británicas trataron de apoderarse de Buenos-Aires, sublevada contra España (2). Un pequeño ejército pasó desde Sicilia á Calabria para animar y sostener la insurrección de los habitantes contra los Franceses, pero fué derrotado en Mileto por el general Reynier. No fué más afortunada otra expedición inglesa contra Egipto, pues si bien logró apoderarse de Alejandría, sus tropas fueron arrojadas de la plaza casi en seguida por Mehemet-Alí (19 de Abril de 1807), quien comenzó entonces su papel en la Historia.

Napoleón, por su parte, aprovechaba también cuantas ocasiones se le presentaban para perjudicar á sus enemigos en las regiones más apartadas. Así, en el mes de Mayo vióse llegar á Finkenstein una embajada del Shah de Persia, Feth-Alí, presidida por Mirza-Riza Khan.

Feth-Alí, atacado por los Rusos, que desde 1803 se ocupaban en fortificar las orillas del Faso, había solicitado en un principio la alianza de Inglaterra, pero juzgándola muy pronto demasiado onerosa, se

(1) Un contingente de artilleros franceses, destacados de la guarnición de Ragusa, ciudad que Francia ocupaba desde 1806, fué enviado á Janina, á petición de Alí-Pachá, y durante su viaje estuvieron á punto de ser víctimas del fanatismo de los Turcos, que querían degollarlos. (Pouqueville, *Voyage en Grèce*, segunda edición, tomo III, pág. 178).

(2) Respecto á la ciudad de Buenos-Aires en esta época y al importante papel que en ella desempeñaron entonces el contralmirante español Liniers, francés de origen, y M. de Sassenay, véase M. de Sassenay: *Napoleón y la fundación de la República Argentina*, 1892.

inclinó, en 1805, hacia Francia. En la carta que, en contestación, Napoleón le mandó entonces, recordábale el glorioso ejemplo de Nadir y le demostraba la utilidad de la alianza de Persia con Occidente. «Los pueblos se necesitan mutuamente. Los orientales tienen valor y



El mariscal Lefebvre. (Cuadro al óleo de Lefebvre)

talento, pero el desconocimiento de determinadas artes y la falta de disciplina, que multiplica la fuerza y la energía de los ejércitos, les colocan en grande inferioridad en la guerra contra los pueblos del Norte y del Occidente.» Trata luego de oponerle ya á los Ingleses y á los Rusos, y le dice: «Debes desconfiar de una nación de mercaderes que trafica en la India con la vida y el trono de sus príncipes, y opondrás tu pueblo valeroso á las incursiones de Rusia.» Romieu,